

ÚLTIMO TRAVELLING

© Alberto Omar Walls

Aunque no supiera cómo dominar el terror que le inspiraba encontrarse con ella, la había estado buscando con la mirada antes de subirse al tren. Sabía, no obstante, que no puso demasiado de su parte para hallarla, pero tres veces se mantuvo a pie firme bajo el reloj de la estación y cruzó otras tantas por algunas de las puertas del bar por si la descubría entre el dinámico fluir de rostros extraños.

Los temores habían impedido hablarle como en otros momentos, cara a cara y con una sonrisa, por eso la huida era tan brusca y sólo se permitió dejarle una carta sobre la mesa de la cocina. Un pedazo de papel escrito de forma precipitada y con un tono algo apocalíptico a su Helia investida de candidez, joven a rabiar, pero loca de amor y celos que lo había estado devorando hasta en la memoria. Por si tenía la desgracia de encontrar a Helia en el andén había preparado una última razón precisa para que cualquier exigencia de continuar relaciones a ella misma le pareciera insuficiente.

Nunca le habría dicho la verdad, la auténtica verdad, que era el no soportarle más su fastuosa juventud que se expresaba en un continuo riesgo; y de hecho había descubierto ya estigmas claros en sus ojeras, en la delgadez de la cara y todo el cuerpo, en que se le marcaban los huesos en la piel como a las vacas viejas...o en estas sus obsesiones de huida.

Le dejó escrito, entre otras cosas, que padecía una enfermedad incurable y que el médico le había dicho que su última esperanza estaba en el corazón de Europa. Mentir, mentir y mentir para siempre... Pero no veía a Helia en la Estação Internacional de Coimbra; y piensa por última vez que de haber venido, se habrían encontrado. La hubiese visto correr de un lado para otro, levantando revuelos de simpatía y atención. Puede que le haya bastado con leer la carta. Removió la cabeza en el aire y con ella sus obsesiones y dudas que parecieron saltarse fuera junto con algunas perlitas de sudor. Se esforzó en dar el asunto por zanjado, subió al primer escalón del coche, miró a ambos lados del andén y abrió la puerta.

Con el billete en la mano fue a buscar su asiento. Hallándolo, dejó la maleta en lo alto, abrió el maletín, extrajo un libro, se sentó y cruzó la pierna izquierda sobre la rodilla derecha. Se sonrió porque recordaba que a ella le indignaría ese gesto suyo de cruzar las piernas. En la ausencia comenzaba a reconocer que muchas de sus recriminaciones se sustentaron sobre opiniones infantiles compartidas y aceptadas por él. Helia no soportaba verlo con el pie cruzado. Decía que esa postura le daba un aspecto femenino. Él nunca había entendido bien ese juego de similitudes. Si lo viera fumar con boquilla seguro que sus ojos soltaban chispas.

Abrió el libro de José Viegas que había comprado en un kiosko, lo depositó sobre las piernas y sin leer aún

miró hacia afuera. Un reloj de la estación marcaba las menos veinte.

- Faltan cinco minutos -se dijo en un susurro-, para escaparme por fin. Me esperan el vacío o todas las vidas posibles...

En cuanto el tren eche a andar, tirará por la ventana todo su pasado y cualquier atisbo de recuerdos, para empezar una nueva vida o para destruir lo poco que le queda de ésta. Maldita sea, quizá en París esté lloviendo. Con las prisas se había olvidado del paraguas en la casa de Helia. Sonríe por la nimiedad de la alarma, pero un nuevo susto lo metía de pronto a rebuscar en el maletín y bolsillos. Se le presentía en los labios, proyectados hacia afuera, una contrariedad cavilosa. ¡También se quedaron las gafas!

Estaba seguro que la falta de vista se le revelaría en cualquier momento expresando inseguridad en toda su persona: doliéndole los ojos, montándose unas líneas sobre otras, impidiéndole leer ni una página seguida; y en lo psíquico, la necesidad de mirar sólo para dentro, alejándose del mundo de los sentidos, reforzando pesadillas y temores.

Si no hubiera escrito la carta, y junto a ella olvidado las gafas, podía haberse iniciado ya en la lectura de Regresso por um Rio. No ha olvidado aún aquellos mareos que siempre se acompañaban de dolores de cabeza. Serán miles de kilómetros seguidos sin poder leer una línea. Ve correr a una mujer con dos bolsos en las

manos y por un instante cree que es Helia quien llega a última hora, montada sobre sus tacones de agujas, con la melena negra bailándole tras la nuca y los dientes mordiendo por dentro los cachetes.

Claro está que era otra la mujer, pues al acercarse pudo comprobar que había perdido altura y ganado vulgaridad. También porque la sonrisa de ella era hielo cuando estaba enfadada. La belleza y juventud extremas de Helia no podían ser usurpadas aunque se mirara sin gafas y a través de la ventanilla de un tren que comenzaba ya su imperceptible andar. Sentía el cuerpo dolorido, quejumbroso, como si le fuera a dar gripe y eso lo contrariaba. Iba camino de la soledad buscada y aunque no podía permitirse mimos o lujos, la culpa le fabricaba dolores en todo el cuerpo. Y si de verdad se había olvidado las gafas en casa de Helia, seguro que ella misma lo interpretaría como signo de haber perdido su capacidad de ver. Comprendió, dándose ánimos, que cualquier inicio de depresión sería una insensatez.

En la carta de huida había dejado escrito que ya se envejecía demasiado (que esa era una de las razones que más lo reventaban) y que entre sus fórmulas para agarrarle la cola de la vida estaba el poner en práctica de nuevo experiencias juveniles. Por eso estaba ahí, urgiéndole de ser revivido, su especial ilusión de hacer este largo viaje en tren, como recuerdo del otro antiguo que hizo con sus compañeros de estudios en el último año de carrera.

Arrancando el tren se daba cuenta de lo necio de la experiencia total, no sólo ya de querer huir de Helia, sino el esperar una revitalización de sus ánimos a través de vivencias que nada más podían hallar cierto valor en la memoria. No debió haberse permitido el intelectual lujo de enamorarse de la Belleza y, si realmente lo quería, haber huido mucho antes al menos sin dejar rastro y bien aprisa. Ninguna carta y una temporada en el Algarve hubiera sido más juicioso. Pero quiso despedirse del Mondego y sus tierras adornadas siempre con pinceladas invisibles de tristeza. Se lo había dicho, si alguna vez desaparezo de tu vida, suéñame en el Mondego. Él cree que la voz de los campos le va reprochando su amor desmedido con la más exquisita de sus alumnas que ahora abandona para siempre. Debe ser la vista que deforma con la lejanía los colores y los contornos. La tierra está seria, tanto o más que él.

Alguien entra en el compartimento: un muchacho flaco, descalzo y desgarbado que carga con una mochila. No es época vacacional y, por supuesto, ese muchacho no debía estar ahí. Hacía tiempo que nada encajaba. Cuando más feliz se encontraba con Helia tuvo que sorprenderlo la sensación de que hacía de padre con una mujer a la que triplicaba la edad. Él no había jugado nunca de pequeño a los trapos y las casitas, y con Helia lo hizo más de una vez; ni antes había hecho el amor una noche de plenilunio en el jardín de la Quinta das Lágrimas, ni en ninguno de los parques que rodean Coimbra y mecen sus árboles al son del aire húmedo y frío del Mondego.

Estar al lado de Helia debía presuponer múltiples salvoconductos para hacer lo que viniera en gana. Algunos de ellos podían referirse al amor en cualquier hora y lugar, vacaciones en todas las épocas del año, fiestas diarias desde el comienzo de la noche hasta la madrugada. Daba lo mismo que en Coimbra todo estuviera bien cerrado desde la diez y media, su olfato nocturno la conducía con seguridad hasta alguna recóndita catacumba donde los fados se columpiaban sobre el humo espeso del tabaco y la búsqueda del sexo se adivinaba en las miradas abotargadas de los bamboleantes parroquianos de la melancolía y el alcohol.

Cree estar cerca de Guarda y aún es de día. Siente hambre, pues ha visto a su joven compañero de viaje sacar un bocadillo de la bolsa y porque el recuerdo lo obliga a seguir de cerca todo proceso de morder y masticar, ensalivar y deglutir el goloso alimento imaginado. Helia había preferido, en algunas de sus escapadas juntos a Lisboa, un bocadillo de mortadela y queso blanco por encima de su ofrecimiento de ir a cenar ostras al Gambrinus.

Si bien, entonces, no la pudo comprender, con la presencia del muchacho concentrado en saciar el hambre y con los ojos medio entornados y fijos mirándolo, aceptaba definitivamente que había perdido por completo el placer de las sensaciones sencillas.

¿La amaría acaso ahora, si era ya un imposible, en las pequeñas cosas que su memoria emocionada descubría en cualquier persona? Viendo comer al chico

sentía un apetito excesivo que lo metía en un mareo lejano y doloso. ¿Sumaba su propia hambre y la de Helia ausente a su vieja incertidumbre voraz? Daba lo mismo en manos de quién dejaba sus pertenencias, tenía que ir hasta el coche restaurante y allí, aunque fuera por el camino de la glotonería, ganar terrenos para la hartura de su cuerpo y la tranquilidad del espíritu. Antes tenía la costumbre de llevar pistachos en los bolsillos. Él lo había entendido a tiempo: engordaba demasiado y, además, incorporaba nuevas fobias y manías a sus hábitos. Conocer a Helia fue entrar en la continua renovación y el vaciado de ese viejo almacén de los trastos interiores.

Observaba de nuevo al chico y descubrió que él estaba ya mirándolo fijo, mientras paladeaba en su boca cada porción de comida, haciendo unos chasquidos impertinentes que empezaban a molestarle los oídos; por otro lado, reconocía que con ese mirar directo, descarado, se sentía aturdido, porque no comprendía qué cosa querría decirle la mirada desconocida del joven que, no obstante, le despertaba ciertos ecos de voces e imágenes adormecidas.

Por fin, se levantó de un salto y se fue al coche restaurante. Tenía las piernas entumecidas y el andar del tren le recordó que debía ejercitarse en el equilibrio evitando en todo momento cualquier caída de consecuencias funestas para el viaje. Ahí no estaría Helia para llamarle la atención o prevenirle; no está ya más para hacerle compañía.

Pero el chico del departamento volvía a su mente inquietándolo: era algo que sintió en su mirada; no, no era sólo en la mirada, es en los ojos, en el color, o en...

Ocurrió lo mismo con Helia aquellos primeros días de clase cuando la descubrió en el sexto banco de la derecha y le parecía que miraba y no miraba al mismo tiempo. Algo más adelante sabría de su pequeño estrabismo, por lo que acabó por comprender el porqué su mirada contenía la cínica sensación de estar ocultando siempre algo. Helia gustaba de buscarle a su mínimo defecto un símil muy esteticista: decía que su mirada contenía la sublime hipocresía del travelling. Y quizá así fuera, porque él, una vez, captó la sensación de que al mirarse en sus ojos entraba en un movimiento del que no conocería fin.

Comió en el pequeño bar hasta sentir que casi iba a reventar. Estaba de vuelta fumando en el pasillo y miraba la noche que al otro lado de la ventana medio abierta iba tiñendo de sombras y salpicados destellos los objetos enmudecidos por la distancia. Descubre que teme de la muerte la anónima oscuridad, esa extensa nada aparente que juega a desentrañar de entre el vacío algunos perfiles difusos, más oscuros o esclarecidos, pero que remedan lo vivo.

Todo va tan rápido y el monótono ruido de la máquina lo amodorra tanto... También está el estómago tan lleno que lo empuja a la fuerza a ir del lado del sueño. Y vuelve al asiento. El joven se hallaba enroscado sobre sí mismo y se cubría la cabeza con las manos. Las cosas

seguían en orden y se deja mecer por la indolencia. En la primera cabezada le asalta la extraña premonición de haber estado intentando huir de Helia inútilmente, pues en sus ojos de zoom la veía proyectarse en el mismo camino que el suyo, aunque él huyendo y ella a su encuentro.

Tuvo otra pesadilla y se despertó sudoroso, con la sensación de haberse estado quejando. Aún suda y al tiempo de secarse la frente mira con desconfianza al joven. Alguna nueva sensación venida quizá del mundo de los sueños le hace recelar de esa mirada torva, aunque lo envolviera.

Observa, más aún, vigila, todos y cada uno de los movimientos que el chico hace: enciende un cigarro y tose, sonrío y mira por la ventana, hojea una guía de Europa, baja las piernas del asiento y las cruza, cuenta el dinero suelto del monedero, se quita y vuelve a colocarse los cascos del walkman, bebe unos buchets de cerveza de la litrona, se recuesta hacia atrás y cierra los ojos unos minutos, los vuelve a abrir mirándolo con descaro, rebusca en la mochila, escarba hasta el fondo de ella, indaga en sus bolsillos, encuentra una navaja de buen calibre, tipo multiusos, y se pone a pelar una manzana.

Ahora el vigilado es el muchacho y quien vigila es aquél que cree estar huyendo de Helia. Estaba ya seguro de haberlo visto antes:

- ¡Claro, en Nazaré, en el verano!

Había sido todo muy rápido y la experiencia tan fugaz que estuvo dudando mucho tiempo si fue real.

Pequeños flashes de la memoria lo asaltan como retazos inconexos y sólo en su ánimo hallan una razón de ser.

¡La callejuela de Praia donde dos hombres luchaban con navajas en un duelo a muerte! Él, que había desembocado sin querer delante de ellos. El más joven, que raudo proyectó su mano armada sobre el vientre del otro - en la primera sorpresa había estado mudo, pero al ver el rasgo eterno de una herida abierta en el aire, lanzó un grito impensado-; y que en segundos se percataba de su presencia y le amenaza desde lejos con el arma en alto. La noche que hace brillar la hoja húmeda, él que huye, siempre huyendo...

Si ha descubierto ya que el hombre que está ahí enfrente era quien una noche en Nazaré dio muerte a otro, tiene que averiguar por qué ahora está en su mismo compartimento jugando sus manos con la navaja, queriéndole hacer creer que sólo pela una manzana. No le quita ojo al lento y sinuoso desplazamiento en el aire de la aguda y cortante hoja y, al mismo tiempo, con una rápida ojeada, controla el tirador metálico de la alarma que se halla apenas a un salto de él. Su zapato izquierdo que está libre del pie, bien podría ser proyectado para impactarle en el arma o en pleno rostro. Por otro lado, está su maletín hecho de una materia muy dura y que le serviría de escudo y ataque. No obstante, debía esperar cualquier evidencia mayor de que iba a ser atacado o descubrir en medio de esa mirada estrábica que había sido reconocido como el único testigo del homicidio y que, por tanto, sería eliminado. De todas formas, en

aquella noche de las fiestas de Nazaré, muchas cosas le habían pasado con Helia para que acabaran bebiéndose alrededor de unas diez garrafas de vino blanco. Puede que el alcohol le hiciera confundir los rostros y los hechos, puede que...

En un instante, y aún en medio de sus cavilaciones, pero todavía en posesión de ese duermevela quejumbroso en que lo proyectaba el sonoro tecleo del tren, tuvo el tiempo justo de mirar hacia la puerta de entrada y ver a Helia que apuntaba con una pistola.

El primer impulso, junto con la extrema incredulidad y sorpresa, fue el querer darle sus viejas explicaciones y pedirle perdón, pero sólo fabricaría una mueca con su rostro en el aire espeso.

Vio el fogonazo y tuvo la sensación de que algo quemaba su cara sin dolor apenas, porque el mayor dolor que sentía le surgió desde la convicción de que, después del disparo, el joven acompañante iba a poder escuchar una segunda detonación y vería el cuerpo de Helia caer pesadamente sobre el suyo, ya, para entonces, muerto.